

Revista de Filosofía, N° 75, 2013-3, pp. 7 - 33
ISSN 0798-1171

¿Es representacional la visión del lenguaje de Davidson? Una reevaluación de su propuesta

Is Davidson's Vision of Language Representational?
A Revaluation of his Proposal

Lizette Nava
Universidad Católica Andrés Bello
Caracas, Venezuela

Resumen

En este artículo se investiga la pertinencia de la atribución de una visión “representacional” del lenguaje a Donald Davidson, así como lo que ella presupondría: 1) una distinción entre los conceptos y un contenido referencial no contaminado por ellos; 2) una concepción “monológica” del intérprete, que ignora el aspecto constitutivo de las interacciones lingüísticas; y 3) la atribución de racionalidad al hablante como la función básica de la interpretación, desconociendo así la función expresiva del lenguaje.

Palabras clave: Verdad, mundo, interpretar, denotar, racionalizar.

Abstract

This paper investigates the appropriateness of attributing a “representational” vision of language to Donald Davidson along with what this would presuppose: 1) a distinction between the concepts and a referential content not contaminated by them; 2) a “monological” conception of the interpreter, which ignores the constitutive aspect of linguistic interactions; 3) the attribution of rationality to the speaker as the basic function of interpretation, thereby failing to recognize the expressive function of language.

Key words: Truth, world, interpreting, denoting, rationalizing.

Recibido: 09-09-13 • Aceptado: 08-11-13

Introducción

Donald Davidson propuso su teoría de la interpretación para explicar los mecanismos que rigen el significado de las preferencias que los intérpretes escuchan. Para él las preferencias tienen un componente proposicional que consiste en la descripción de algún hecho posible. Una expresión como «Hace calor» puede manifestar distintas intenciones: afirmar algo (sobre el hecho de que hace calor, como información pertinente), sugerir algo (que se abra la ventana), amonestar a alguien (por no haber reparado todavía el ventilador), o hacer un comentario irónico (en caso de que más bien haga mucho frío), entre otras. Pero no es el significado de «Hace calor» lo que ha variado sino su uso en los diversos contextos. Según Davidson, toda preferencia tiene este componente proposicional, indispensable para la determinación del significado en términos de verdad; esto es, en función de la correspondencia entre las oraciones informativas (implicadas en cualquier expresión del lenguaje) y los hechos del mundo. Davidson reconoce que en el lenguaje llevamos a cabo otras actividades distintas de la pura descripción informativa (formulamos preguntas, damos órdenes, hacemos peticiones...), pero insiste en que el núcleo en todos estos actos de habla es el aspecto descriptivo o informativo, pues las peticiones, órdenes y preguntas también describen estados de cosas: aquello que se nos pide u ordena que hagamos, o aquello acerca de lo cual se nos pregunta si efectivamente ocurre o no¹. Esta Teoría Denotativa del Significado es la base de su teoría de la interpretación², según la cual interpretar a otro consiste en elaborar una teoría integrada por *reglas y principios semánticos* que permiten asignarles valores de verdad a las proposiciones de acuerdo con su correspondencia

- 1 DAVIDSON, Donald: "Theories of Meaning and Learnable Languages" (1965), en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, New York, 1984, pp. 3-15. En este artículo Davidson habla de la "relativización de la verdad" a los tiempos, los hablantes y los lugares. Para él, el significado viene determinado por las condiciones de verdad; pero éstas varían según el contexto de preferencia, de modo que no es equivocado decir que, para cuando escribió este artículo, Davidson ya concebía al significado como relativizado a un tiempo, un hablante y un lugar.
- 2 DAVIDSON, Donald: "Radical Interpretation" (1973), en *Inquiries into Truth and Interpretation*, 1984, Oxford University Press, New York, 1984.

con los hechos del mundo³. Para cada nuevo enunciado, el intérprete modifica y extiende su teoría interpretativa sobre la base de las evidencias de verdad extraídas anteriormente.

Esta concepción ha sido objeto de importantes críticas, entre las que nos interesa destacar las de Charles Taylor⁴, Eva F. Kittay⁵ y Stephen Mulhall⁶, para quienes la teoría de Davidson presupone una *visión representacional de la mente y del lenguaje*. Según señalan, uno de los problemas es que ella parte de la distinción entre los conceptos y un contenido referencial no contaminado por ellos; distinción que conduce a la clásica paradoja de la cognición: ¿cómo corrobora el sujeto la adecuación de sus representaciones conceptuales si los hechos del mundo sólo le son aprehensibles precisamente a través de esos conceptos? Otro problema tiene que ver con la *concepción "subjetivista" o "internista" de la mente y el lenguaje* que la supuesta visión representacional del significado de Davidson parece implicar. Se dice que en ella las representaciones mentales son vistas como cosas o procesos que ocurren en la mente de cada sujeto, en una suerte de monólogo interior. De ser así, la teoría deja sin explicar el papel de la interacción lingüística en la constitución de las representaciones mentales de cada sujeto. Una tercera crítica señala que Davidson concibe la interpretación como un proceso esencialmente *racional*, en el que el intérprete elabora una teoría para hacer inteligible las proferencias y conductas de los otros. Según esto, el sujeto siempre adopta una actitud *explicativa* ante el comportamiento de los demás. Pero el hecho es que, en la práctica, muy raras veces adoptamos actitudes explicativas hacia los otros; más bien, únicamente lo hacemos cuando su conducta no nos es obvia, de modo que sólo en casos no-ordinarios necesitamos elaborar conjeturas para darle sentido a sus actos. Esta tercera crítica denuncia, entonces, el descuido de Davidson en relación con los aspectos *expresivos* del lenguaje; aspectos éstos que son irreducibles a la pura explicación racional.

3 DAVIDSON, Donald: "In Defence of Convention T", en LEBLANC, H. (ed.): *Truth, Syntax and Modality*, North Holland, Amsterdam, 1973, pp. 76-86.

4 TAYLOR, Charles: *Philosophical Papers, vol. 1: Human Agency and Language*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

5 KITTAY, Eva F.: *Metaphors: Its Cognitive Force and Linguistic Structure*, Clarendon Press, Oxford, 1987.

6 MULHALL, Stephen: *On Being in the World. Wittgenstein and Heidegger on Seeing Aspects*, Roudledge, New York, 1990.

Hemos señalado tres problemas centrales de la concepción denotativa del significado de Davidson desde la perspectiva de los que ven en ella un abordaje representacional del lenguaje. Sin embargo, autores como Richard Rorty⁷ y Marcia Cavell⁸ *más bien conciben el proyecto de Davidson como una crítica a esa “visión instrumental” del lenguaje en la que la representación se destaca como su función definitoria. Éstos sostienen que Davidson más bien se centra en las prácticas comunicativas y en los presupuestos que rigen las distintas articulaciones del habla, dejando al descubierto la *dimensión interactiva* del lenguaje, en donde éste es visto como un *proceso integrado a los demás procesos manifiestos en la conducta humana*. Desde esta perspectiva, la concepción del significado de Davidson ha de entenderse más bien como eminentemente pragmática.*

El objetivo de este artículo es evaluar la pertinencia de estas dos interpretaciones de la concepción de Davidson. Para ello cotejaremos algunos de los textos paradigmáticos del autor con las interpretaciones que nos interesa analizar de estos destacados adversarios y defensores. Finalmente, intentaremos dar respuesta a dos interrogantes: ¿en qué medida la concepción denotativa del significado de Davidson implica una concepción representacional de la mente y del lenguaje? y ¿en qué medida esa concepción denotativa excluye los aspectos expresivos del lenguaje?

En lo que sigue tomaremos como guía para nuestro análisis las tres críticas principales de sus intérpretes “representacionistas”; a saber, que dicha concepción presupone: 1) la existencia de dos ámbitos independientes: el de los hechos empíricos y el de los conceptos referidos a ellos — con lo cual se establecería una distinción entre los conceptos y un contenido referencial no contaminado por ellos; 2) el proceder “monológico” por parte del intérprete — con lo cual se ignoraría el aspecto constitutivo de las interacciones con los otros; y 3) la justificación racional (teórica) de la conducta de los otros como la función básica de la interpretación lingüística — con lo cual se descuidaría la función expresiva de la comunicación.

7 RORTY, Richard: *Contingency, Irony and Solidarity*, Cambridge University Press, New York, 1989.

8 CAVELL, Marcia: *The Psychoanalytic Mind. From Freud to Philosophy*, Harvard University Press, Cambridge (Mass), 1993.

1. Dos ámbitos independientes: hechos y conceptos

La crítica “representacionalista” dice que para Davidson la función básica del lenguaje es el establecimiento de una correspondencia entre los hechos y las entidades mentales referidas a ellos. Para evaluar esta crítica, veamos el modo en que Davidson concibe lo que un intérprete hace cuando escucha una proferencia. Entre 1965 y 1973, Davidson escribió los cinco artículos fundamentales en los que propone su Teoría de la Interpretación: “Theories of Meaning and Learnable Languages” (1965); “Truth and Meaning” (1967); “On Saying That” (1968); “True to the Facts” (1969); y “Radical Interpretation” (1973)⁹. En ellos conjetura que todo oyente posee una teoría interpretativa con base en el siguiente esquema recursivo:

- El enunciado **e** es verdadero (en el tiempo **t** y para el hablante **h**) si, y sólo si, **p** (en donde **p** es cualquier certeza ajena al lenguaje al que pertenece **e** que haga que **h** asienta a **e**).

A partir de este esquema recursivo el oyente obtiene “oraciones T” como:

«La nieve es blanca» *es verdadero si, y sólo si, la nieve es blanca.*

Aquí la pregunta es: ¿cómo verifica el oyente que «La nieve es blanca» efectivamente se corresponde con *la nieve es blanca*? O dicho de otro modo, ¿de qué *evidencias* dispone un intérprete para constatar que sus oraciones T son verdaderas? Veamos la respuesta de Davidson:

“Un buen lugar para comenzar es la actitud de tomar la oración como verdadera, de aceptarla como verdadera. [...] Es la actitud que podría considerarse que un intérprete es capaz de identificar antes de que él pueda interpretar, dado que él puede saber que una persona intenta expresar una verdad al emitir una oración sin tener la menor idea de *qué* verdad sea.

[...] la evidencia disponible es justamente que los hablantes del lenguaje a ser interpretado asumen que diversas oraciones son verdaderas en ciertos momentos y bajo circunstancias específicas”¹⁰.

9 Todos estos artículos de Davidson se encuentran recogidos en su libro: *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, New York, 1984. De aquí en adelante, cuando citemos alguno de ellos, sólo colocaremos el título del artículo entre comillas seguido de la fecha de publicación original entre paréntesis.

Según esto, el enunciado T: “«La nieve es blanca» *es verdadero si, y sólo si, la nieve es blanca*” expresa que la captación del significado de la oración «La nieve es blanca» depende de la capacidad del intérprete de reconocer la actitud del hablante de querer expresar una verdad cuando emite esa oración; capacidad que a su vez presupone que los hablantes de un lenguaje son capaces de acceder a la verdad de ciertas oraciones, pero aquí no hay referencia al modo en que los hablantes acceden a esta verdad. Para Davidson, la *evidencia de la verdad* viene dada tanto en la suposición de que en la mayoría de los casos los hablante toman por verdaderas las oraciones que emiten, como en la asunción de que todo hablante tiene algún tipo de *certeza* con respecto a la verdad de esas oraciones. Éstos son precisamente los dos presupuestos ontológicos fundamentales de la teoría de la interpretación de Davidson. Miguel Candel los enuncia del siguiente modo: 1) la captación del significado de las oraciones que el intérprete escucha (la oración entrecorriada) depende de una *certeza extralingüística* —una experiencia contrastable— acerca de un hecho *cuya descripción es socialmente admitida*; y 2) puesto que el intérprete sólo tiene acceso a esa certeza extralingüística a través del uso de ciertas expresiones, *la referencia* de dichas expresiones *es inescrutable como dato puro*; i.e., inaprensible como dato ajeno al lenguaje, tanto para el que las profiere como para el que las escucha¹¹.

Consideramos, entonces, que la atribución de una concepción *representacional* del lenguaje a Davidson se debe al énfasis que sus críticos le han dado al primer presupuesto señalado por Candel. Cuando Davidson dice que el intérprete simplemente acepta una oración como verdadera (certeza extralingüística) y que ello se evidencia en la actitud general de todos los hablantes (descripción socialmente admitida), sus adversarios le atribuyen la presuposición de que existen dos ámbitos independientes: el de los hechos empíricos y el de los elementos lingüísticos referidos a ellos. Ciertamente Davidson los presupone, pero esto *no implica* que él conciba la relación entre ellos como una de *representación*, pues ésta supondría una con-

10 DAVIDSON, Donald: “Radical Interpretation” (1973). [Todas las citas textuales de las obras cuyos títulos aparecen en inglés han sido traducidas al castellano por la autora del presente artículo].

11 CANDEL, Miguel: “Estudio Introductorio” en DAVIDSON, Donald: *Filosofía de la psicología*, Anthropos, Barcelona, 1994, p. 32 (Ensayos 11, 12 y 13 del original: DAVIDSON, Donald: *Essays on Actions and Events*, Oxford University Press, New York, 1980).

frontación entre el lenguaje y el mundo para verificar su adecuación, y para Davidson es imposible el acceso extralingüístico a la experiencia que permitiría esa confrontación. Aquí advertimos, por consiguiente, que el segundo presupuesto davidsoniano señalado por Candel —la *inescrutabilidad de los datos empíricos puros*— es ignorado en esa interpretación representacionista de su concepción.

En su artículo “Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia”¹², Davidson intenta mostrar que es la coherencia, y no la representación, la que genera la correspondencia entre verdad y conocimiento. Según dice, lo que mantiene unidos a la verdad con el conocimiento es el significado. Pero las condiciones objetivas de la verdad que determinan el significado no se satisfacen mediante una confrontación entre lo que el sujeto cree y la realidad objetiva. Así lo da a entender expresamente Davidson:

“[S]i la coherencia es una prueba de la verdad, entonces también es una prueba del juicio de que las condiciones objetivas de verdad han sido satisfechas, de modo que *ya no necesitamos explicar el significado sobre la base de una posible confrontación. Mi lema es: correspondencia sin confrontación*¹³.

[C]onstituye una importante razón para aceptar una teoría de la coherencia la falta de inteligibilidad del dualismo de un esquema conceptual y un ‘mundo’ en espera de ser capturado”¹⁴.

Y aun así, Davidson habla de la posibilidad de conocer un mundo objetivo que, en sí mismo, es independiente del pensamiento y del lenguaje:

“Dada una epistemología correcta, podemos ser realistas en todos los campos. Podemos aceptar las condiciones objetivas de verdad como la clave del significado, podemos aceptar una concepción realista de la verdad y podemos también insistir en que el conocimiento lo es de un mundo objetivo, independientemente de nuestro pensamiento o lenguaje”¹⁵.

12 DAVIDSON, Donald: “Verdad y conocimiento: una teoría de la coherencia” en *Mente, mundo y acción*, trad. Carlos Moya, Paidós, Barcelona, 1992.

13 *Ibid.*, p. 74. [El resaltado en cursiva es nuestro].

14 *Ibid.*, p. 77.

15 *Ibid.*, p. 74.

Esta última afirmación —según la cual podemos asumir la existencia de un mundo objetivo independientemente de nuestro lenguaje— podría lucir contradictoria. Y es que anteriormente se dijo que la referencia de las expresiones lingüísticas es *inescrutable como dato puro* (como dato ajeno al lenguaje), de modo que si no tenemos acceso al mundo más que a través de nuestras palabras, entonces no podemos afirmar su existencia como independiente de nuestro pensamiento o lenguaje. No obstante, esta aparente contradicción se disuelve si, al modo en que lo hace Davidson, asumimos la noción de “verdad” como primitiva. Para él es posible construir otras nociones a partir de ella. Por ejemplo, la noción de “significado” puede ser definida como las condiciones en que una oración es verdadera. Podemos tomar como verdadera la oración «Llueve» si creemos que efectivamente llueve; pues si sabemos que el enunciado “Llueve” es verdadero si, y sólo si, llueve, entonces sabemos lo que significa para el hablante. De este modo, llegamos a saber las condiciones bajo las cuales un hablante toma por verdaderos ciertos enunciados al asumir que, en determinados casos, los eventos de nuestro mundo compartido son la *causa* de que él crea y diga lo que dice. Al respecto comenta Marcia Cavell: “La comunicación exitosa supone al menos esto: que habitamos un mundo compartido y que existe una conexión causal entre el mundo y el hablante/creyente que ayuda en la constitución tanto del contenido del significado como del contenido mental”¹⁶.

Según esto, la relación causal entre mundo y enunciado no es contingente, pues en el sistema de creencias de un sujeto dicha relación es constitutiva del propio significado de los enunciados. Ahora bien, M. Cavell admite que no todo enunciado o creencia es causado de este modo, pues los hablantes también utilizamos el lenguaje con propósitos distintos al de aseverar o expresar una creencia: damos consejos, hacemos chistes, planteamos acertijos; pero en el acto de interpretar lo que otro dice, si no partiésemos del hecho de que ciertos enunciados tienen una relación causal con los hechos empíricos, nunca podríamos hacernos una idea de lo que otro nos dice o cree, no podríamos saber siquiera lo que sería que alguien nos estuviese mintiendo. En este sentido, la relación causal entre el mundo y la mente tiene algún lugar dentro de la red de las creencias del hablante, y los modos en que ella se extiende a lo largo de toda la red se constituyen en el proceso mismo de la interpretación¹⁷.

16 CAVELL, M., *Op. cit.*, p. 30.

Aquí podemos destacar la vinculación entre la *noción primitiva de la verdad* de Davidson y su *concepción holística del significado*. El significado de un enunciado viene dado por el puesto que éste ocupa en el entramado total del lenguaje al que pertenece. Este modelo hermenéutico estipula que, además del esquema formal de la convención T, cada intérprete debe elaborar una teoría específica que dé sentido global a todos los enunciados que escucha. La teoría del intérprete se va elaborando y perfeccionando a medida que el hablante desarrolla su discurso, lo cual no impide que surjan contradicciones, pero la teoría sólo es efectiva dentro de un marco de coherencia general. La interpretación misma es, para Davidson, una experiencia fáctica: nos ubicamos en el hecho de que efectivamente interpretamos a otros, y a partir de ese hecho podemos distinguir otros hechos empíricos como el habla de otros. Ésta es la razón por la cual Davidson califica de “radical” a la interpretación, pues se sitúa en la raíz misma del lenguaje, sin poder salirse de éste. Su carácter *holístico* le es esencial, pues no hay experiencias atómicas independientes que puedan ser comunicadas fuera de un sistema lingüístico establecido. La Convención T sólo puede sostenerse dentro de unas teorías interpretativas que funcionan como sistemas totales de la experiencia *mediada lingüísticamente*, en donde cada elemento cobra sentido a partir de sus interrelaciones con el conjunto de las articulaciones restantes.

Así pues, el modelo davidsoniano se concentra en explicar *el mecanismo* involucrado en la actividad de un hablante que intenta referirse al mundo; esto es, *el modo* en que se conectan algunos de sus enunciados con los hechos empíricos. Aquí el significado es estudiado en relación con el comportamiento de los interlocutores, y la estrategia consiste en averiguar lo que hace posible que un intérprete, sin la ayuda de diccionarios o manuales de traducción, emprenda la actividad de entender a otras criaturas parlantes. El carácter holístico de esta noción de significado se evidencia en los elementos que según Davidson interactúan en el proceso de interpretación:

“[N]o debería pensarse que una teoría de la interpretación puede estar aislada, pues [...] no es posible decir cuándo una oración es verdadera sin estar en condiciones de atribuir deseos y sin poder describir las acciones como el producto de intenciones complejas. Esta observación no priva de interés a la teoría de la interpreta-

ción, sino que le asigna un lugar dentro de una teoría más compleja de la acción y el pensamiento”¹⁸.

Refiriéndose a la complejidad de esta teoría, M. Cavell comenta: “Davidson esboza un campo, o un modelo, donde la Creencia, el Deseo, el Significado, la Verdad, el Mundo, Mi mente, Otras mentes, la Acción, y el Lenguaje tienen un puesto”¹⁹. La argumentación davidsoniana parte, entonces, de un gran hecho: la comunicación intersubjetiva; y desde ese hecho investiga sus condiciones de posibilidad: que hay otras mentes con intenciones, creencias y deseos, y que hay un mundo compartido. Es así como la certeza empírica acerca de la existencia de otras mentes y de un mundo compartido se evidencia en el lenguaje mismo: está necesariamente supuesta en el habla. No hay, por consiguiente, un abismo que salvar entre mundo y significado, dado que éstos se dan simultáneamente. Los significados y sus referentes —los hechos— sólo tienen lugar dentro de una red lingüística, de modo que su relación no es representacional. Así lo entiende Richard Rorty cuando afirma:

“El tratamiento que Davidson hace de la verdad se enlaza con su tratamiento del aprendizaje del lenguaje [...] para formar el primer tratamiento sistemático del lenguaje que rompe *completamente* con la noción de lenguaje como algo que puede mantener una relación de adecuación o de inadecuación con el mundo o con el yo. Porque Davidson rompe con la noción de que el lenguaje es un medio: un medio o de representación o de expresión”²⁰.

Hemos de concluir, entonces, que la crítica “representacionista”, según la cual la noción de significado de Davidson plantea una correspondencia entre los conceptos y los hechos del mundo objetivo, es infundada.

2. El proceder “monológico” del intérprete

Otra de las críticas “representacionistas” denuncia el énfasis de Davidson en la perspectiva del sujeto que, en una suerte de monólogo interior,

18 DAVIDSON, Donald: “Thought and Talk” (1975), en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, New York, 1984.

19 CAVELL, M., Op. cit., p. 28.

20 RORTY, R., Op. cit., p. 30.

fabrica una teoría interpretativa. Ciertamente, Davidson parece haber conservado una perspectiva “unilateral” en las sucesivas descripciones de lo que involucra interpretar una preferencia, pues incluso cuando concibió la interpretación como el funcionamiento de un “doble aparato teórico”²¹, siempre se refirió al proceso interpretativo *del oyente*, por un lado, y *del hablante*, por el otro. En esa descripción de lo que le ocurre a cada interlocutor por separado, sus críticos encuentran el carácter “monológico”²² de su concepción, pues allí la captación del significado es lo que tiene lugar dentro del andamiaje teórico y subjetivo del oyente, y la transmisión del significado es lo que tiene lugar en el andamiaje teórico y subjetivo del hablante. Vista así, la dimensión interactiva —eso que ocurre allí afuera, entre dos— es desestimada por Davidson. Charles Taylor hace esta denuncia en su descripción de lo que, según él, hacen los hablantes davidsonianos cuando elaboran sus teorías interpretativas:

“Podemos imaginarnos que aprendemos su lenguaje de este modo: a través de la observación de los sonidos que hacen, las situaciones en las que los hacen, lo que parecen ser sus deseos e intenciones, el tipo de conocimiento de las cosas que es plausible atribuirles, y así sucesivamente.

[L]a forma de la teoría es una que esté hecha para ser comprendida por un observador puro. Ella no viene moldeada por el lenguaje ni apela a conexiones que sólo sean comprensibles para el que de algún modo participa en la realidad estudiada”²³.

Según esto, Davidson pretende estudiar al lenguaje desde el punto de vista de un observador totalmente ajeno. Esta pretensión es lo que Taylor quiere combatir al destacar una especial actividad que llevamos a cabo en el

21 En “A Nice Derangement of Epitaphs” [en LEPORE, E. (ed.): *Truth and Interpretation: Perspectives on the Philosophy of Donald Davidson*, Blackwell, Oxford, 1986, pp. 433-446], Davidson modifica su concepción original de la interpretación, concibiéndola ahora como lo que aquí denominamos un “doble aparato teórico”, integrado por teorías “previas” —en las que se ubican los significados estándares de cada interlocutor— y teorías “momentáneas” o “al paso” —en las que se llevan a cabo las desviaciones de los significados estándares para darle sentido a lo que un hablante particular dice en un momento dado—.

22 Nos referimos a que Davidson parece concebir la interpretación como un *monólogo* interior del sujeto, más que como un diálogo con el otro.

23 TAYLOR, C., Op. cit., pp. 254-255.

lenguaje: la de *abordar un asunto públicamente*. Al expresarse, el hablante hace partícipe a su interlocutor en la apreciación de algo que ya no es sólo del hablante ni sólo del interlocutor, sino de ambos. Lo que aquí se destaca no es la mera comunicación de una información, sino el hecho de que el lenguaje sirve para el encuentro de un espacio público. Veamos su ejemplo.

“Digamos que tú y yo somos dos extraños viajando juntos por un país sureño. Hace un calor terrible, la atmósfera es sofocante. Yo me volteo hacia ti y digo: ‘Uf, hace calor’. Eso no te dice nada que no supieras: ni que hace calor ni que yo tengo calor. Estos dos hechos eran obvios para ti desde antes. Tampoco se trata de que tú no los pudieses enunciar; probablemente ya tú los habías enunciado.

Lo que la expresión ha hecho aquí es crear una afinidad entre nosotros; es el tipo de cosa que ocurre cuando hacemos lo que llamamos buscar un tema de conversación. Previamente, yo sabía que tú sentías calor, y tú sabías que yo sentía calor, y yo sabía que tú debías de saber que yo sabía que, etc.: y así podemos llegar hasta el nivel que queramos. Pero ahora es un hecho, allí afuera entre *nosotros*, que aquí hace calor. El lenguaje crea lo que podemos llamar un espacio público, o un punto estratégico común desde el cual contemplamos al mundo juntos”²⁴.

Taylor dice que la concepción de Davidson revela una incapacidad para apreciar este espacio público que crea el lenguaje. Dicha incapacidad es, en parte, “[...] otra de las consecuencias de la tradición epistemológica que privilegia la reconstrucción del conocimiento como una propiedad del individuo crítico”²⁵; y lo que en ella encuentra “catastróficamente equivocado” es la presuposición de que la perspectiva del observador que monologa consigo mismo, más que una mera norma metodológica, es el único punto de partida para describir lo que ocurre cuando hablamos, ignorando así el hecho de que el lenguaje mismo *crea una peculiar afinidad humana* que sólo tiene lugar en la conversación.

Recurramos, entonces, al artículo de Davidson “Second Person”²⁶ para averiguar si es posible rescatar el carácter interpersonal del lenguaje en

24 Ibid., p. 259.

25 Ibid.

su concepción. Allí Davidson enfatiza la intervención de tres elementos en la comunicación: un yo, un mundo externo y un interlocutor.

“Tener el concepto de una mesa o una campana es reconocer la existencia de un triángulo, una de cuyas aristas es uno mismo, otra, es una criatura similar a uno, y la tercera arista es el objeto (mesa o campana) ubicado en un espacio común. La única manera de saber que la segunda arista —la segunda criatura o persona— reacciona al mismo objeto que uno, es saber que la otra persona tiene el mismo objeto en mente. Pero entonces, la segunda persona también debe saber que la primera constituye una arista del mismo triángulo cuya otra arista ocupa la segunda persona”²⁷.

Al respecto comenta M. Cavell:

“No hay nada que me dé la idea de él como un objeto externo que puede ser visto desde diferentes perspectivas y acerca del cual yo puedo estar en lo cierto o equivocada. Se requiere no sólo de algo sino de alguien para darle contenido a esta idea [...] Nótese que aquí no hay un punto de vista excepto el de A, desde el cual puede decirse que B responde a algo de la misma manera. La semejanza es una categoría nuestra, y no, por así decirlo, del mundo”²⁸.

Según esto, Davidson no está diciendo que los conceptos acerca de las cosas del mundo (mesa o campana) se constituyan en la mente de cada individuo por separado. Para que haya un concepto se requiere no sólo de un otro, sino de que podamos reconocer en él una actitud similar a la nuestra ante las cosas del mundo. La interacción de dos personas, que se reconocen entre sí como tales, es la que da lugar a que una de ellas pueda decir que la otra está discriminando un objeto del mundo común a ambas, y que incluso pueda decir de sí misma que está reconociendo ese objeto del mundo. Tenemos los conceptos de creencia, verdad y falsedad porque reconocemos una actitud en el otro que manifiesta su acuerdo o desacuerdo con nosotros. Estos conceptos a su vez presuponen el concepto de mundo objetivo: esos he-

26 Este artículo no había sido publicado para el momento en que Marcia Cavell lo cita en 1993 en *The Psychoanalytic Mind*, Op. cit.

27 Ibid., p. 38.

28 Ibid., pp. 37-38.

chos acerca de los cuales versan nuestras creencias, y a partir de los cuales verificamos la verdad o falsedad de nuestros enunciados.

Es de observar, entonces, que M. Cavell y Taylor destacan algo distinto, aunque igualmente importante, de la comunicación. Cavell se refiere al habla en general, mientras que Taylor hace un señalamiento acerca de un aspecto del habla. Este último considera que la Teoría Veritativo-Funcional de Davidson no da cuenta de la especial afinidad que se crea entre los interlocutores cuando conversan, y que esto se debe a su descripción del intérprete como observador puro, ajeno al lenguaje. Por el contrario, M. Cavell toma en cuenta el punto de partida de Davidson: la observación del gran hecho de que efectivamente hablamos. Aquí el habla no es otra cosa que interpretar y hacer que otros nos interpreten, con lo cual la comunicación parecería quedar reducida a un cierto proceso de codificación dentro de la estructura teórica de unos sujetos que dialogan consigo mismos; pero M. Cavell destaca lo que, en definitiva, hace posible la interpretación: la suposición de que hay otras mentes —cuyas acciones son coherentes con sus deseos e intenciones—, que esas mentes habitan un mundo compartido con otros, y que todo esto se evidencia *en* el propio lenguaje (“inescrutabilidad de la referencia”). Es en esta descripción de las condiciones de la interpretación donde M. Cavell rescata el *carácter interactivo y público del lenguaje* en la concepción de Davidson, sólo que ya no como lo que se evidencia en un aspecto particular del habla (digamos, en esa afinidad especial entre los interlocutores que Taylor señala), sino como un *supuesto necesario* de la interpretación.

Pero es cierto que, como apunta Taylor, el punto de partida de Davidson —la reconstrucción de la interpretación como una propiedad del individuo crítico— sugiere una imagen desbalanceada de la comunicación, pues en ella se destaca la función denotativa de los enunciados (su correspondencia con los hechos) como la que nos permite interpretar a un hablante. En este sentido, consideramos que Davidson no ignoró el espacio público creado por el lenguaje, pero en lugar de reconocerlo en la actividad misma del habla y explicarlo dentro de su teoría, prefirió simplemente inferirlo a partir de la relación causal (también inferida) entre los hechos y ciertos enunciados. Coincidimos, entonces, con Taylor en su denuncia de que Davidson se ubicó en esta situación extrema —la del “individuo crítico”— porque no concibió otro punto de partida para poner de manifiesto los aspectos interactivos de la comunicación. Es así como Davidson sólo pudo tomar en cuenta algunas actitudes fundamentales (como la de asumir que hay otras

mentales con creencias, intenciones y deseos) en la medida en que éstas se le evidenciaron como condiciones de posibilidad de la interpretación.

Concluimos aquí que el aspecto “monológico” de la concepción semántica de Davidson sólo puede atribuírsele si se hace especial énfasis en su metodología: la asunción de la perspectiva del “individuo crítico” como el punto de partida idóneo para la reconstrucción de lo que hace posible la interpretación. Sin embargo, las consecuencias que de esta metodología pretenden extraer sus críticos son desmedidas, por cuanto le atribuyen haber desconocido los aspectos constitutivos del habla —como la creación del espacio público—, siendo que Davidson no los desconoció.

3. La interpretación como justificación racional de la conducta

La tercera crítica señala que Davidson describe la interpretación como la elaboración de conjeturas por parte del intérprete para darle sentido a los actos del hablante, lo cual supone una actitud fundamental en el intérprete: la de *justificar racionalmente* la conducta y el habla de los demás. Se cuestiona, entonces, esta concepción sobre la base de que ella ignora la injerencia de aquellos aspectos fundamentales de la comunicación que no están sujetos a la formulación teórica.

Para investigar la pertinencia de esta crítica recurramos al análisis de Stephen Mulhall²⁹, quien parte del significado de la palabra “interpretar”. Según el diccionario ésta significa: exponer el significado de palabras, textos o sueños abstrusos o extranjeros, o explicar el sentido en que se dice alguna expresión ambigua o desconocida. Entonces, interpretar es sinónimo de *traducir* desde un dominio problemático o desconocido del lenguaje a otro familiar, y esta transición entre ambos es necesaria para la comprensión³⁰. De acuerdo con esto, un intérprete puede ser visto como un “teorizador”, pues su movimiento de un dominio a otro requiere de la puesta en marcha de un mecanismo regido por reglas sistemáticas que le permite al

29 MULHALL, S., Op. cit.

30 En el artículo “On the Very Idea of a Conceptual Scheme” (1974) [en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, New York, 1984], Davidson habla de la interpretación en términos de la ‘traducibilidad’ entre distintos esquemas conceptuales.

intérprete llevar a cabo la redescipción. Pero Davidson concibe la interpretación no sólo como el mecanismo teórico para redescibir un ámbito problemático o desconocido del lenguaje en términos familiares, sino como el proceso que por excelencia tiene lugar en la comprensión de *todas* las expresiones lingüísticas.

“Una teoría de la interpretación, al igual que una teoría de la acción, nos permite redescibir ciertos eventos de un modo revelador. Del mismo modo que una teoría de la acción puede responder la pregunta acerca de lo que un agente está haciendo cuando ha levantado un brazo mediante la redescipción del acto como el gesto del que intenta llamar la atención de un amigo, así mismo un método de interpretación puede conducir a la redescipción de la preferencia de ciertos sonidos como el acto de decir que la nieve es blanca”³¹.

Según Mulhall, Davidson extiende la noción de interpretación hacia el lenguaje completo debido a su concepción particular de lo que ocurre al oír las emisiones de otra persona. En palabras de Davidson:

“El único candidato al que podemos recurrir es la interpretación de los patrones de sonido: el hablante y el oyente deben repetidamente, intencionalmente y de mutuo acuerdo, interpretar los patrones de sonido relevantemente similares del hablante de un mismo modo (o de modos relacionados por reglas que puedan explicarse de antemano)”³².

Entonces, la Interpretación Radical no sólo explica el modo en que llegamos a entender el significado de las preferencias, sino que es el mecanismo que nos permite distinguir ciertas percepciones (ciertos sonidos) como elementos específicamente lingüísticos. Aquí Davidson parece asumir que lo que realmente oímos cuando escuchamos a otro hablante es una secuencia de sonidos, y dado que los sonidos puros pertenecen a un dominio distinto del de las preferencias, la transición entre ellos sólo puede darse a través del mecanismo teórico que *traduce* los primeros a palabras y expresiones. El problema es que esta generalización de la actitud racional del intér-

31 DAVIDSON, Donald: “Thought and Talk” (1975), p. 161.

32 DAVIDSON, Donald: “Communication and Convention” (1982), en *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford University Press, New York, 1984, p. 277.

prete se contrapone al sentido común que gobierna nuestras aprehensiones más básicas del mundo. Al respecto recordemos lo señalado por Heidegger:

“Escuchar es fenoménicamente más primordial que lo que se define [...] como ‘oír’ en psicología —la sensación de tonos y la percepción de sonidos. [...] Lo que ‘primeramente’ oímos nunca es sonidos o complejos de sonidos, sino la carreta que rechina o la motocicleta encendida.

Del mismo modo [...] lo que a primera instancia oímos *no* es lo expresado [fónicamente] en la proferencia. Incluso en los casos donde lo dicho es irreconocible o está en lengua extranjera, lo que primeramente oímos es palabras ininteligibles, y no una multiplicidad de datos sonoros”³³.

Mulhall advierte que la ontología de Davidson parece negar precisamente esos aspectos del lenguaje que Heidegger está subrayando al describir los rasgos de la experiencia cotidiana que nos son más naturales y obvios. Toda percepción involucra ya una interpretación: una melodía triste, un portazo, en vez de meros sonidos o datos auditivos; pero esta dimensión “experiencial” parece ser ignorada por Davidson, pues su noción de interpretación es fundamentalmente teórica, y dado que para él las percepciones son meramente afecciones de los sentidos, ellas quedan convertidas en fenómenos que a su vez requieren de una interpretación.

Esta concepción “racionalista” de la percepción no se corresponde con la experiencia natural. La posición que imagina Davidson más bien se asemeja a la patología descrita por el neurólogo Oliver Sacks³⁴. Debido a una lesión cerebral, uno de sus enfermos había perdido la capacidad para integrar sus percepciones visuales de los objetos que observaba, y lejos de ver un cuadro, un guante o un reloj de pared, lo que percibía era sus formas, sus colores y sus dimensiones, pero era incapaz de reconocerlos como esos objetos específicos integrados. Lo más que podía hacer era describir sus colores y formas, para luego *deducir* que lo que tenía enfrente era un cuadro en la pared (y no una ventana); un guante (y no un monedero con compartimientos individuales para monedas de diferente tamaño);

33 HEIDEGGER, Martin: *Being and Time*, Basil Blackwell, Oxford, 1962, § 34, p. 207.

34 SACKS, Oliver: *The Man Who Mistook His Wife for a Hat*, Harper & Row, New York, 1985.

o un reloj de pared (y no el rostro de una persona parada frente a él). Es de hacer notar que el comportamiento del enfermo era precisamente la del que tiene que razonar frente a lo que percibe; esto es, elaborar hipótesis y contrastarlas para poder interpretar los objetos correctamente. Se trata de una interpretación del mundo con base en una teoría que, en el caso de este enfermo, sólo muy ocasionalmente era efectiva, pues no le permitía reunir sus percepciones dentro de ciertas relaciones; que es precisamente la capacidad que nos permite captar los objetos de forma *inmediata*, como unidades integradas. El paciente de Sacks sólo conseguía deducir precariamente que sus percepciones quizás se correspondían con los conceptos que tenía de ciertos objetos, pero nunca podía corroborar concluyentemente sus hipótesis teóricas. Este caso nos muestra, entonces, que la intelección del mundo no se reduce a un proceso deductivo —aunque haya sectores de deducción en la aprehensión de lo que observamos—, sino que involucra una captación inmediata de las cosas, en donde parecen intervenir procesos irreducibles al razonamiento teórico.

Por otra parte, las categorías de causalidad, verificabilidad y coherencia —características de los procedimientos racionales— resultan insuficientes a la hora de explicar ciertos fenómenos del habla cotidiana; y es que no todas las preferencias que se resisten a “encajar” dentro de la red lógica que le atribuimos a nuestros interlocutores nos parecen meros sinsentidos. Podemos atribuirle a un hablante creencias mutuamente conflictivas, o advertir que sus acciones están en contra de sus más sinceras intenciones. En estos casos, nuestra comprensión dependerá de la captación del comportamiento *expresivo* del hablante, donde la “empatía” que involucra esa captación no es explicable en términos de su adecuación al logro de fines distintos al de la expresión misma. Cuando captamos el gesto de alguien, por ejemplo, no interpretamos sino que vemos directamente la alegría *en* él. Aquí no hay inferencia alguna. En este sentido Taylor señala: “Las expresiones [...] hacen manifiestos nuestros sentimientos; ellas nos ponen en presencia de los sentimientos de las personas”³⁵. Entonces, una expresión puede manifestar algo de un modo parcial, enigmático o fragmentado, pero esa manifestación, aun cuando imperfecta, no puede ser contrastada con una presentación no expresiva más directa. “Lo que la expresión ma-

35 TAYLOR, Charles, Op. cit., p. 219.

nifiesta *sólo* puede manifestarse en la expresión”³⁶, y por ende, no es susceptible de una verificación de tipo inferencial.

Taylor considera que el atractivo de la concepción denotativa del significado de Davidson descansa en el hecho de que, así definido, el significado luce menos enigmático o misterioso. Son los hechos los que determinan el significado de las palabras y oraciones que los enuncian, y en caso de que la noción de “significar” todavía nos inquiete, siempre podemos decir que ella consiste en el establecimiento de una correlación entre los sonidos que emitimos y ciertos eventos o estados de cosas. De este modo, al considerar como prioritarias las nociones de “verdad” y “coherencia” en todo proceso interpretativo, simplemente se asume que la función designativa del lenguaje es la más primitiva, y se guarda la esperanza de que ella nos ilumine con respecto a cualesquiera otros elementos que pudieran intervenir en la constitución del significado.

La pregunta es si es posible encontrar contextos en los cuales la verdad y la coherencia no son prioritarios para interpretar a otros. Para responderla, recurramos de nuevo a Sacks, quien relata el caso de ciertos enfermos afásicos cuyas lesiones cerebrales les impedían comprender las palabras en función de su significado conceptual. En una oportunidad, este grupo de enfermos veía por televisión una alocución del Presidente. Para el asombro de Sacks, los enfermos terminaron riéndose a carcajadas, comentando el descaro del mandatario al decir tantas cosas falsas por televisión. ¿Cómo podían estos enfermos asumir con tal certeza que el Presidente mentía descaradamente —al punto de considerar que su discurso era una burla— si ellos ni siquiera entendían sus palabras? La explicación de Sacks es reveladora.

“[El afásico] no puede captar tus palabras, y por ende, tampoco puede ser engañado por ellas; pero lo que él capta, lo capta con precisión infalible; esto es, la *expresión* que va con las palabras, esa expresividad total, espontánea e involuntaria que nunca puede ser simulada o pretendida, como sí lo pueden ser las palabras, demasiado fácilmente [...]

En esto consiste su poder de entendimiento — entendimiento, sin palabras, de lo que es auténtico e inauténtico. Esto es lo que en las muecas, en los histrionismos, en los falsos gestos y, sobre

todo, en los falsos tonos y cadencias de voz, les sonaba falso a estos pacientes sin palabras pero inmensamente sensibles”³⁷.

Entonces, a pesar de su incapacidad para entender los conceptos, estos afásicos podían comprender el “sentido” de las preferencias gracias a una desarrollada sensibilidad para captar lo que Victor Krebs entiende por “tonos emocionales” (o —recordando a Frege— por “coloridos tonales”³⁸) del habla. Refiriéndose a esta sensibilidad, Krebs señala que ella también es indispensable en algunos contextos de habla cotidiana:

“[E]s importante recordar que hay algunas culturas en las que esta capacidad de percepción expresiva (el oído musical, la conexión con el cuerpo), es mucho más importante que la habilidad intelectual. En la comunidad negra de los Estados Unidos, por ejemplo, sin esa capacidad de reconocimiento expresivo una persona está perdida; pero esto es cierto también, y de modos diversos, en nuestras culturas latinas, sobre todo en contraste con los temperamentos anglo-sajones. El desconocimiento de este nivel de la captación del otro, y todo lo que ello implica, es a lo que estoy tratando de llamar la atención”³⁹.

En estos casos, la dimensión expresiva del lenguaje es más básica que la verificación conceptual en función de la atribución de verdad y consistencia al comportamiento y al habla de otros. Pero no se trata de que en estos contextos la prioridad de lo expresivo ocasione interpretaciones oscuras, donde la comprensión del significado esté signada por la ambigüedad o la imprecisión. Paradójicamente, la captación expresiva es casi infalible. En palabras de Krebs:

“[Los afásicos] evidencian así una forma de comprensión del otro que no sólo es más certera, sino que además ocurre a un nivel distinto del de la interpretación intelectual, donde hablar de teorías (aun cuando sean las ‘teorías al paso’ a las que recurre Davidson) es no sólo innecesario sino además engañoso.

37 SACKS, Oliver, Op. cit., p. 82.

38 “Klangfarben”.

39 KREBS, Victor: “Interpretando al otro: imperialismo conceptual y relativismo como síntomas”, en HOYOS, L. E. (ed.), *Relativismo y racionalidad*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, p. 53.

Como observa Oliver Sacks, esta hipersensibilidad expresiva nos parece, en nuestra cultura intelectualista, ‘casi una inversión del orden usual de las cosas: una inversión, y quizás una reversión también, a algo más primitivo o elemental’⁴⁰. Pero es precisamente en esta inversión o reversión que yace el poder de entendimiento de los afásicos, que logran detectar la falsedad o la incoherencia del discurso de una persona”⁴¹.

Krebs destaca aquí la capacidad de los afásicos para detectar la *falsedad* y la *incoherencia* en el discurso de otro. Siendo precisamente las nociones de “verdad” y “coherencia” las más básicas, las más transparentes en la Interpretación Radical, cabe entonces la pregunta acerca de si ellas podrían funcionar fuera de un sistema deductivo sujeto a la contrastación. Para mostrárnoslo, Taylor nos habla de otros recursos interpretativos distintos de la pura deducción; por ejemplo, y especialmente en los contextos religiosos, el de la *invocación*, a partir del cual, no obstante, podemos hablar de “verdad” y “coherencia”. Veamos.

Hay ceremonias en las que se dice que la presencia de Dios puede ser invocada pronunciando ciertas palabras de un modo apropiado. Aquí la función de los nombres es muy particular, pues ellos no son utilizados para referir sino para *llamar*, para *invocar*. Taylor dice que el carácter invocativo de estas expresiones está ligado a la idea de que conocer y pronunciar el nombre de alguien para llamarlo nos da un cierto poder sobre él⁴². Claro está que podríamos concebir como secundario el uso invocativo de un nombre y decir que su intelección depende del conocimiento de lo que ese nombre denota, con lo cual seguiríamos concibiendo el uso denotativo como el básico. Pero pensemos en una cultura, propone Taylor, en la que la invocación no sea meramente marginal. Digamos que invocamos al Dios recitando sus proezas, en donde lo central del rito consista en el estilo canónico de tales rezos. ¿En qué medida el recuento de las proezas del Dios no es un ejemplo del uso denotativo de las palabras? Podemos decir que sí lo es, pero ¿es ese aspecto referencial lo primario? ¿Podemos asegurar que el rezo

40 SACKS, Oliver, Op. cit., p. 81.

41 KREBS, Victor, Op. cit., pp. 52-53.

42 Esto explicaría por qué en ciertas culturas el nombre real de las personas no es revelado públicamente, así como el hecho de que para los hebreos esté prohibido pronunciar el nombre de Dios.

consiste en la descripción correcta de ciertos eventos? Frente a estos cuestionamientos Taylor explora lo que considera una aproximación más adecuada: considerar que allí “las palabras son verdaderas/correctas porque tienen poder, ellas invocan la deidad, ellas realmente se conectan con lo que él es”⁴³. Entonces, lo que esas palabras afirman es, en algún sentido, correcto y apropiado, pero quien así las entiende posiblemente no esté en condiciones de comunicarnos en qué consiste su adecuación, puesto que para su cultura la referencia a algo distinto de lo dicho no es primaria. Es posible que para él las palabras del rezo sean especiales no porque se correspondan con una realidad independiente, sino porque ellas mismas son las palabras de quien lo ha creado todo.

En este contexto hay una primacía de lo invocativo, pues el uso básico y correcto de las palabras está determinado por la invocación, donde la corrección del uso descriptivo se deriva de ella. Aquí quedaría invertida la doctrina de la primacía de lo literal. Se parte de que la expresión tiene significado en el contexto invocativo, y él es primario dado que está presupuesto en los otros usos (incluyendo el denotativo): *lo que se puede decir correctamente de Dios sólo puede validarse por lo que se dice correctamente en su contexto invocativo*. En otras palabras, es a partir de la invocación como se determina lo que es una observación profunda o valiosa, incluso lo que es una contradicción, y también lo que se dice con verdad acerca de los términos clave en ese dominio: “Dios”, “espíritu”, “maná”, etc.⁴⁴

Ahora bien, podríamos preguntarnos por el modo en que adquieren significado los términos cotidianos (profanos) incluidos en un discurso como éste. Si se dice, por ejemplo, que «Dios emergió de los mares, se transformó en toro, copuló con sus hijas, devoró a sus enemigos, luego los vomitó», ¿no sería necesaria para su comprensión nuestra familiaridad, nuestro conocimiento mundano, de cosas como “los mares”, “los toros”, “las hijas” y “los enemigos”, y de acciones como “emerger”, “transformarse”, “copular”, “devorar” y “vomitar”? ¿No habría en este caso una primacía de lo literal? Y es que podríamos decir, por ejemplo, que en el discurso mítico-poético dichos términos son extensiones metafóricas de nuestros usos ordinarios (literales) de los mismos, y que hemos de tener claros esos

43 TAYLOR, Charles, Op. cit., p. 286.

44 Ibid.

términos en nuestro vocabulario descriptivo para luego poder comprender lo que el mito expresa. Pero Taylor advierte una confusión en esta réplica. Si bien es cierto que, en un sentido, los que profesan esta cultura deben tener un conocimiento profano de los mares, los toros, las hijas, etc., para desarrollar su historia mítica, esto no quiere decir que lo que *nosotros* llamamos literal sea primario para ellos, pues implicaría que su conocimiento de tales cosas es independiente de sus relatos míticos, o incluso anterior a éstos, y relativamente autónomo. Significaría que tienen criterios para identificar y clasificar, digamos, a los toros, cuyo establecimiento profano fuese indispensable para luego ser usado en el relato mítico-poético. Pero Taylor dice que esta presuposición puede ser errada. Es posible que nada de lo significativo de los toros (mares, hijas) en el relato religioso provenga de la experiencia mundana; o visto de otro modo, es posible que lo significativo de esas entidades provenga de la experiencia mundana *articulada* en el relato mítico, y que sólo en éste se den los criterios de su identificación y clasificación. Taylor encuentra que la propia distinción entre el significado literal y el metafórico es, en este caso, no sólo desorientadora sino impracticable.

“Si quisiéramos poner esto de un modo completamente paradójico, podríamos decir que lo metafórico es primario aquí. Pero sería mejor decir que toda la distinción entre ‘sentido literal/sentido metafórico’ no se aplica a un caso como éste. No existen dos sentidos del término aquí, uno de los cuales merece ser llamado literal. Aquí no tiene ningún propósito hablar de un ‘sentido literal’; y no lo tendrá hasta tanto una cultura más racionalizante se desarrolle con una preocupación por la descripción objetiva, cuyas descripciones harán, a su vez, que una gama de usos más ‘subjetivos’ se destaque como meros trops”,⁴⁵.

Para Taylor, el significado literal surge cuando una cultura logra estipular las condiciones de la denotación y la convierte en la función primaria del lenguaje. Pero por esta misma razón, la búsqueda del significado literal se torna anacrónica a la hora de interpretar la conducta de los miembros de una cultura en la que lo mítico-invocativo todavía es primario. Taylor concluye que el significado estricto y literal no es más que una asunción etnocéntrica que la Teoría Veritativo-Funcional ha universalizado ilegítimamente.

45 Ibid., p. 289.

te al tomarlo como esencial en todos los lenguajes naturales. Una vez asumida esta creencia, siempre es posible abstraer en los distintos actos de habla un contenido proposicional, un núcleo denotativo. Pero el proceso interpretativo queda obstaculizado cuando se intenta aplicar esta teoría al lenguaje de una cultura que conserva sectores dominados por el uso invocativo. Las invocaciones como «danos el pan de cada día» o «líbranos del mal», no son exactamente iguales a las peticiones o las súplicas en las cuales podemos encontrar un núcleo denotativo, y la Teoría Veritativo-Funcional no permite definir en *ningún* lenguaje los significados de este tipo de expresiones, pues en ella el significado supone la identificación de las condiciones de verdad de sus usos literales, y en los casos que venimos tratando, esos usos literales (denotativos) no existen.

Para Taylor, lo que ocurre en nuestra cultura occidental es que hemos sucumbido a la tentación de interpretarnos a nosotros mismos en términos de la primacía de lo literal-denotativo. Nos hemos trazado la meta de describir con precisión las cosas, lo cual se ha vuelto una norma, y esta norma es no sólo indispensable sino justificable para nuestra cultura. Pero hemos convertido esa norma en la explicación teórica correcta y única, en donde adquiere primacía la imagen del sujeto como observador independiente que elabora una teoría interpretativa y la corrobora. Este hecho es el que Taylor encuentra “desastroso”: lo que en principio no es más que el objetivo de lo que la norma prescribe, se ha convertido en teoría general del lenguaje. Las teorías del significado dominantes en la cultura filosófica anglosajona han sido víctimas de esta transposición de la norma a la teoría, y consideran que cualquier teoría del significado sólo puede partir de la descripción contrastable. Pero, como hemos visto, ésta no es la única dimensión que se evidencia en el habla, y quizás no sea siquiera la primaria.

“‘Piensa [...] cuán singular es el uso del nombre de una persona para *llamar* al individuo nombrado’, dijo Wittgenstein⁴⁶ [...] Uno se dirige a alguien, abre una conversación. Eso crea un espacio público entre ambos. Ese espacio público adquiere forma, se modifica, se hace frío y más distante, o cálido y más íntimo, y así por el estilo, gracias a lo que uno dice, la elección de las palabras,

46 Cfr. WITTGENSTEIN, Ludwig: *Philosophical Investigations*, Basil Blackwell, Oxford, 1954, § 27, p. 43.

el tono, la manera, etc. El espacio público es invocado en el habla. Más aun, puede invocar cualidades en nosotros. Es un poder peculiar del santo su capacidad para, al ver lo bueno en nosotros, y nombrarlo, acercarnos más a eso bueno. Hay un poder simétrico que algunas personas malignas poseen. Lo invocativo está lejos de haber muerto en nuestra cultura. Está transpuesto”⁴⁷.

Taylor señala, entonces, que la comprensión de cualquier lenguaje exige que veamos el puesto que ocupan las descripciones contrastables de las cosas en esa cultura. Si ella —como parece ser el caso de nuestra cultura occidental actual— le concede primacía a este tipo de descripciones, entonces podemos aceptar ese hecho, siempre y cuando también aceptemos que una teoría que sienta sus bases en la descripción denotativa no es suficiente para explicar las diversas funciones del lenguaje. “Todo nuestro lenguaje acerca de la auto-comprensión individual y social quedaría opaco para una teoría como ésta. Sólo llegaremos a pensar que ella servirá si hemos sido víctimas de la transposición de la norma a la teoría”⁴⁸. En ese caso, nuestra teoría tendrá al menos algún tipo de adecuación con nuestra cultura, si bien no la tendrá con cualquier otra cultura que no se fundamente en la descripción denotativa. Pero Taylor insiste en que incluso la adecuación entre la teoría denotativa y nuestra cultura es precaria, pues la función expresiva del lenguaje es más fundamental, en la medida en que, si bien ambas funciones operan en el lenguaje, la denotativa no puede encontrarse sola, mientras que la expresiva sí: en el establecimiento de un espacio público y en la apelación a una sensibilidad para los asuntos propiamente humanos.

Conclusiones

- Con respecto a la crítica según la cual Davidson sostiene una *epistemología dualista acerca de la mente y el mundo*, se puede concluir que esta atribución es equivocada. A partir del presupuesto de la “inescrutabilidad de la referencia”, junto con su teoría de la coherencia sintetizada en el lema “corroboración sin confrontación”, Davidson más bien elaboró una concepción contraria a la que describe la relación entre la mente y el mundo como representacional. Si bien

47 TAYLOR, Charles, Op. cit., p. 290.

48 Ibid., p. 291.

muchas de nuestras preferencias tienen como referencia a los hechos del mundo, la mediación de nuestro lenguaje debe ser entendida como parcialmente *constitutiva* de la propia referencia; esto es, lo que llamamos “realidad” o “mundo”.

- En la crítica referida al *proceder “monológico” del intérprete radical* Davidson es acusado de privilegiar la reconstrucción del conocimiento como una propiedad del individuo crítico, y de ignorar el aspecto interactivo del lenguaje: en particular, el hecho de que el habla crea un espacio público entre los interlocutores. Se dijo, entonces, que más que ignorar ese espacio público, Davidson se vio en la necesidad de *inferirlo* como un supuesto necesario de la comunicación. Es así como la atribución de un proceder “monológico” al intérprete davidsoniano es adecuada si con ella se destaca el punto de partida metodológico desde el cual elabora su propuesta teórica, pero es inadecuada si a partir de ella se concluye que Davidson no tomó en cuenta el aspecto interactivo del habla, pues sí lo incluyó en su concepción, sólo que como condición de posibilidad de la interpretación. No obstante, el hecho mismo de concebirlo únicamente como mera condición de posibilidad, deja ver que Davidson no lo consideró como algo digno de investigar, con lo cual la peculiar afinidad humana que se crea en el habla simplemente pasó inadvertida para él, y por ende, quedó excluida del aparato teórico mediante el cual pretendió ofrecer una explicación universal de la interpretación.
- En cuanto a *la actitud racional del intérprete*, se señalaron al menos dos problemas destacables en la concepción de Davidson. El primero tiene que ver con la dimensión “experiencial” de la comunicación. Se dijo que Davidson combate la postulación de entidades mediadoras entre la mente y el mundo; sin embargo, él parece abordar las percepciones como meras afecciones de los sentidos, por lo cual ellas mismas requieren de una interpretación racional. Entonces, apelando a algunos casos neurológicos, se argumentó que esta racionalización es no sólo insuficiente, sino incapaz de dar cuenta de nuestras aprehensiones más básicas tanto de los objetos del mundo como de las actitudes que intervienen en la conformación de los significados de los hablantes. El segundo problema se refiere a la descripción de la interpretación en términos de causalidad, verificabilidad y coherencia. Se dijo que esta descripción es claramente insuficiente, pues desestima la inferencia de otras actitudes constitutivas del habla —entre ellas, la invocativa y la expresiva—, y por ende, también desestima la especial sintonía que el habla promueve entre los interlocutores.

- Dicho esto, respondamos ahora las dos preguntas que nos hicimos al comienzo del artículo. En cuanto a la primera, concluimos que, si bien la concepción del significado de Davidson es denotativa o verificacionista, ella no es representacional. En cuanto a la segunda pregunta, concluimos que no es posible mantener su concepción denotativa del significado en la medida en que ella excluye los aspectos expresivos del lenguaje, pues, como señala Taylor, si bien ambas funciones —denotativa y expresiva— operan en el lenguaje, la segunda puede encontrarse sola, mientras que la primera no.
- Ahora bien, al considerar que Davidson concibió su teoría de la interpretación como algo que no podía estar aislado, sino que debía “tener un lugar dentro de una teoría más compleja de la acción y el pensamiento”, queda por verse si es posible elaborar una cierta noción de “racionalidad” dentro del marco de esa teoría más compleja, de modo que logre incorporar las funciones denotativa y expresiva del lenguaje sin negar la intervención de categorías como la causalidad, la verificabilidad y la coherencia como criterios interventores en la atribución de significado.
En un próximo artículo emprenderemos esta indagación.